

Permanecer en Cristo

El encuentro con Cristo resucitado



Arzobispo John C. Wester

A celebrar la Pascua este año, se me ocurre que los católicos corremos el peligro de considerar que la doctrina central de nuestra fe es un concepto intelectual en lugar de detenernos a pensar de qué manera la resurrección de Cristo toca nuestra vida aquí y ahora. Tal vez consideremos que la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte es un giro maravilloso que dieron los acontecimientos para Jesús que murió tan horriblemente, pero ¿nos damos cuenta de cómo nos afecta su resurrección?

Los autores de los Evangelios establecen vínculos de mucha importancia entre el Cristo resucitado y el Jesús que caminó con nosotros en la Tierra. Al igual que los discípulos, nos damos cuenta de los lienzos puestos en

el suelo de la tumba, notamos las marcas de los clavos en las manos y la marca en el costado de Cristo, y hemos aprendido que Jesús comió pescado con sus seguidores a la orilla del lago. Es verdad que tiene un cuerpo glorificado —no ha simplemente resucitado pasando de nuevo a una existencia terrenal— pero la conexión entre el Jesús terrenal y el Cristo resucitado es significativa: así como la resurrección de Cristo da nueva vida al Jesús terrenal, así también da nueva vida a su cuerpo, la Iglesia; es decir, a todos nosotros.

Esto significa que nosotros, las piedras vivas de la Iglesia, miembros del cuerpo de Cristo, ya estamos experimentando las primeras etapas de la resurrección. Tendremos que esperar hasta el fin de los tiempos para poder tomar nuestro lugar con Cristo en el cielo, pero podemos experimentar, y de hecho experimentamos, la nueva vida que Cristo hace posible ahora mismo a través de su resurrección. Así como la resurrección tuvo un impacto inmediato en el cuerpo de Cristo, también tiene una influencia inmediata en nosotros como personas y como Iglesia.

Sólo por esta razón, pasamos toda la Cuaresma preparándonos para renovar nuestras promesas bautismales. Mediante el bautismo fuimos hechos uno con Cristo, y mediante el bautismo nos convertimos en partícipes

íntimos de su misterio pascual: su sufrimiento, su muerte y su resurrección. Cristo, el alfa y el omega, nos lleva inmediata e íntimamente a su abrazo vivificante y a lo largo de nuestra vida trabaja en nosotros constantemente, librándonos del pecado y llamándonos a una nueva vida en cada momento, incluso ahora mismo. Esperamos con ansia la plenitud de su reino en el cielo algún día, pero damos gracias por las maneras en que ya estamos experimentando ese reino en esta vida.

La Pascua es el tiempo para permitir que la resurrección de Cristo nos transforme a nosotros y a nuestras relaciones. Como simboliza el cirio pascual, la Pascua irradia una luz brillante sobre cada uno de nosotros, llamándonos a una nueva vida. Este es un tiempo para profundizar los vínculos del matrimonio, las relaciones familiares y las amistades. Es un tiempo para romper con los hábitos de pecado que nos agobian y destruyen la esperanza y el gozo que Dios desea para cada uno de nosotros. Es un tiempo para acercarnos a los demás con caridad, ofreciendo de nuestro tiempo, talento y recursos y descubrir cuánto recibimos cuando actuamos sin interés y sin egoísmo. Esta es una temporada de gracia. La Pascua es un tiempo en que nuestra vida se transforma cuando permitimos que la gracia de la resurrección trabaje en

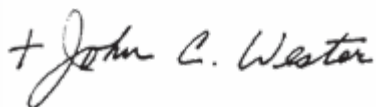
nosotros ahora.

La Resurrección es una transformación, no sólo para Jesús sino para nosotros. Este es el mensaje de la Pascua. Como hizo María Magdalena y se relata en el Evangelio de Juan, que "se dio la vuelta" en la tumba vacía para encontrar a Cristo en la mañana de Pascua, ustedes y yo estamos llamados a "darle la vuelta a nuestra vida" para que podamos abrazar a Cristo resucitado. Como Santo Tomás, se nos invita a tocarle las manos y el costado a fin de cerciorarnos de que Él existe en este mundo. Se nos pide que abramos los ojos y el corazón para que podamos percatarnos de que en verdad Jesús de Nazaret ha resucitado y ahora se aparece ante nosotros portando los dones de la gracia y de la vida nueva.

El toque transformador de Cristo llega a nosotros cuando con recogimiento elevamos una plegaria silenciosa, leemos las Escrituras y, sobre todo, cuando nos reunimos para celebrar la Eucaristía con el fin de experimentar sacramentalmente el sufrimiento, la muerte y la resurrección de Cristo. Cada vez que "hacemos esto en memoria" de él, encontramos a Cristo vivo y resucitado quien nos invita a experimentar el reino aquí y ahora. Entonces, somos enviados a vivir nuestra transformación en el aquí y ahora de nuestra vida cotidiana. Somos, después de todo, un pueblo pascual, y "Aleluya" es nuestra canción.

¡Que nuestro encuentro con Cristo Resucitado nos transforme a todos durante la temporada pascual!

Sinceramento suyo en el Señor,



Arzobispo John C. Wester

Su misericordia perdura para siempre